

males, que en esta Virgen Madre, la cual ciñe á las amplias sienas suyas el esplendor de todos los ideales, y quebranta, bajo sus pies, con fuerza incontrastable, la serpiente del mal, reuniendo los dos primeros atributos de la mujer, que no pueden por modo alguno en ella excluirse, la virginidad y la maternidad? Quien crea que nosotros exageramos atribuyéndole este sentido al canto sublime de María, no debe hacer más que leerlo y encontrará en sus estancias las venas de ideas que nosotros hemos señalado y lo colocará entre los himnos de la humana libertad.

Strauss no participa de nuestro pensamiento, pues le parece falta de originalidad y sobre otros documentos bíblicos impreso y calcado este himno. Él mismo cita las palabras de Ana en el primer libro de Samuel. Compulsándolas no veo fundamento á su juicio. El espíritu judío brilla más en los cánticos de Ana y el humano espíritu brilla más en los cánticos de María. Las estancias de aquélla repiten los rugidos de los leones de Judá; las estancias de ésta repiten los balidos del inmaculado cordero de nuestra redención. El cántico de Ana me parece un cántico de guerra; el cántico de María me parece un cántico de reconciliación. La mujer del Antiguo Testamento apenas abre los labios cuando habla de sus enemigos; mientras por el evangélico

Magnificat circula un soplo de amor que todo lo dulcifica y orea. El Dios de Israel aparece como una evocación histórica en Ana, encerrada por completo dentro del pueblo judío, mientras el Dios de María rebosa en los límites de Judea y trasciende á toda la humanidad. Así en los versículos de Ana se comienza por loar extraordinariamente al Dios del pueblo escogido y por amenazar con extraordinarios furros las altanerías y las arrogancias de sus enemigos. En verdad, Ana, cual María, rompe los arcos del fuerte para que puedan ceñirse de fortalezas los débiles; arguye á los hartos y satisface á los hambrientos; promete á la estéril hijos y conmina con muchos mortichuelos á la fecunda; levanta del polvo al pobre y lo coloca entre los príncipes; enaltece á los santos é impele á los impíos hacia las tinieblas. Mas todo esto aparece allí como despojo de un combate y resultado de un triunfo. Bien al revés de lo que vemos en el *Magnificat* de María. Esta maravillosa poesía proviene de las efusiones del alma. Un Dios de caridad anima todos sus versos. El presentimiento de la beatificación que tendrá en el mundo cristiano la mujer, impele todas las estrofas: *Beata me dicent omnes generationes*. Y la misericordia resplandece allí más que la justicia. Y á virtud, por eficacia de tal sentimiento, depone á los reyes de sus tronos y

exalta en su corazón á los humildes; despoja de sus riquezas á los potentados y enriquece á los menesterosos: *Potentes deposuit de sede, et exaltavit humiles: exurientes implevit bonis, et divites missit inanes*. Sí, lo repetimos, la protesta de Cicerón, el holocausto de Bruto, el día de Farsalia, la noche de Filippos, el sublime sacrificio de Catón en Utica, no alcanzaron lo que alcanzó este cántico de María, demostrando cómo la idea, siquier se diga y exprese por una débil mujer, troncha como cañas los centros y derrite como cera las coronas.

Esta escena de la Visitación influyó muchísimo en la pintura y en los pintores cristianos. Yo no evoco aquí, para mostrar el poder inmenso de los Evangelios y de sus principales pasos en la pintura cristiana, sino aquellas tablas y lienzos recordados por mi memoria vistos por mis propios ojos y con verdadero culto en la memoria. Una de las Visitaciones más notables que hay en el mundo la guarda el ostentoso Louvre de París. Débese tal obra de verdadero mérito á Ghirlandayo. Las creaciones de éste provienen mucho del medio ambiente que le rodea, donde se nutre su espíritu. La escuela de Giotto, proveniente de Cimabué, aunque se había emancipado por completo de la regla y liturgia bizantinas, yacía en el seno de la Iglesia, viviendo á la continua de sus ideas como de una espiritual

atmósfera, perteneciendo á la Iglesia su existencia y su historia, como en la naturaleza cada individuo y cada objeto pertenecen, ó bien á uno de sus reinos, ó bien á una de sus especies. Pero en esta escuela de Giotto brotaron dos direcciones capitales, una encaminada directamente al naturalismo y otra encaminada directamente al idealismo. La encaminada directamente al naturalismo dió de sí á Masaccio, y sus frescos florentinos del Carmine, hasta producir á la postre un Lippi, el naturalista por excelencia; y la encaminada directamente al idealismo dió de sí un Angélico de Fiesole y sus ángeles, que parecen bajados á una de los cielos por divina permisión, ó entrevistados en los cielos desde la tierra por los medios milagrosos del éxtasis y del deliquio. En Ghirlandayo comienza una reconciliación entre las dos escuelas, comienza el movimiento que, pasando por Perugino y Vinci, debía dar de sí, como término postrero, los dos dioses del arte, Rafael y Miguel Angel. De este último fué maestro Ghirlandayo. Así las figuras suyas, aunque pertenecientes al medio eclesiástico, tienen ya la desmedida estatura colosal de los titanes paganos, é indican cómo la humanidad ha crecido y entrado por las triunfales puertas del Renacimiento. Este pincel de Ghirlandayo trazó la Visitación en uno de sus cuadros. Un arco de triunfo lo llena, un arco de

triunfo romano de la grande antigüedad, objeto muy repetido en sus composiciones á causa de lo muy fijado en su mente. A un lado y otro del arco vense dos enormes santas, las cuales pertenecen, por sus estaturas desmedidas y por sus actitudes teatrales, á lo más profano que había producido hasta entonces la escuela naturalista. Y tras el arco, en lontananza, resplandece una campiña completamente italiana, de Florencia, mejor dicho, florentino, entre cuyos verdores brillantes y matices variadísimos resaltan muros de trazo muy geométrico y edificios de corte muy elegante. Bajo la curva del arco encuéntranse Isabel y María, joven ésta, de años aquélla, como quiere y pide la más ortodoxia liturgia. Una y otra llevan trajes que se parecen mucho á las pluviales capas de los arceos eclesiásticos. Isabel se postra de hinojos ante su virginal prima; quien se baja con ánimo de levantarla y sostenerla. Mientras todo alrededor suyo aparece profano, todo, el campo, el arco, el paisaje, los objetos allí esparcidos, en los rostros de las dos mujeres hay mucho del idealismo en que sus almas estaban absorbidas y mucho de las sendas esperanzas que latían en sus respectivos senos. Pero la escena de suyo á este respecto más maravillosa es la ideada por el divino Rafael, que puede verse y admirarse á todas horas en el Museo

de Madrid. Las dos santas mujeres se avistan en el campo, y, si queréis, en el campo de la Umbría. Los delineamientos de sus figuras, las armonías de sus cuerpos, el reposo en que se ven plantadas como estatuas fijas en pedestales incommovibles, la nobleza de sus actitudes, la proporción geométrica de sus formas guardan todo cuanto el arte antiguo nos legara de más acabado en la perfección suma. Pero tras el reposo este suyo, tras el concierto y armonía de la escena, tras la serenidad incommovible y olímpica en la doncella helénica y en la noble anciana, las dos bellísimas en sus diversas edades, ¡cómo el espíritu cristiano se revela en toda su magnitud, rebosando de los reducidos espacios materiales y trayéndonos lo invisible con lo infinito! La campiña verde, atravesada por el Jordán; la figura divina del Eterno apoyada en los ángeles y parecida en su plástica perfección á lo que llamara prototipos y arquetipos la escuela platónica; las dos mujeres que se tienden la mano con efusión y se hablan de sus divinas misiones en el mundo con elocuencia dicen cuánto ha madurado el espíritu al pie de los altares, y sin disminución y mengua de la ortodoxia cómo se han unido el mundo antiguo y el mundo moderno, con lo cual todos los pueblos reconocerán el mismo ideal y formarán superior síntesis los tres capitales térmi-

nos de la humana historia, el mundo asiático, el mundo helénico y el mundo cristiano.

XI

¡Bendita sea la Natividad sacra del Señor! ¡Cuán graves y solemnes pensamientos inspira la noche dedicada por nuestra liturgia tradicional á conmemorar el nacimiento de Cristo! La religión cristiana, como las religiones de Grecia y Roma, santifica los dos solsticios, el de verano y el de invierno. En el solsticio de verano, en el más largo de todos los días, la Iglesia celebra la Natividad del Bautista; y en el solsticio de invierno, en el más corto de todos los días, la Iglesia celebra la venida del Redentor, escogiendo el mes de los esplendores para las esperanzas, el mes de los hielos para la realización de estas esperanzas, como si toda realidad, aun la más religiosa, hubiera de traer forzosamente consigo, al cumplirse, dentro de los límites y relaciones de este mundo, inevitables amarguras y tristezas. La noche de San Juan puede llamarse la noche del amor, de la serenata, de la guitarra, de la magia; la Nochebuena puede llamarse la noche del hogar, de la inocencia, de la niñez, de la zambomba y el zorcico, diferenciándose entre sí estas dos noches como puede diferenciarse la enamorada canción del sencillo cuen-

to. Camino de las almas ¡cuán desconocido eres de los míseros mortales! Sabemos el origen de las lluvias y no sabemos el origen de las ideas, aunque las lluvias pasan en el seno de los aires y las ideas en lo interior de nuestro espíritu. Sabemos la órbita de un astro en lo infinito material y no sabemos la órbita de un pensamiento en lo infinito moral. Cuando San Lucas narra, con la sencillez propia de la narración evangélica, sublime sencillez, la fuga de José y María escapados á los rigores del censo romano, la venida de la noche al establo de Belén, el nacimiento de Cristo en las pajas de un pesebre, el cántico de los ángeles en lo alto de la gloria, la reunión de los pastores cargados de rústicas ofrendas y traídos por los coros celestes y por las estrellas errantes, no podía de ningún modo adivinar, sino por una intuición sobrenatural, cómo estas páginas transformaban las almas para desasirlas del sensualismo antiguo y movía las piedras para levantarlas en triángulos místicos por las hermosas catedrales, y elevaba las imaginaciones con alas nuevas á las cumbres de lo ideal, y producía otros Estados en la sociedad, modificando desde las instituciones hasta las costumbres en renovación lenta, y profundísima, y universal, consecuencia indeclinable de una compenetración mayor entre el humano y el divino espíritu. Pero de-